

placencias ni prevenciones, y el pueblo romano entero constituido en tribunal. Que el acusado comparezca primeramente ante la asamblea de ciudadanos; ¿Qué dirías tú, Ser. Galba, delante de los ciudadanos reunidos? No podrías entonces decir: Has vigilado los puestos con atención y severidad; has rondado con cuidado y rigor; has impuesto á los soldados más trabajos de los acostumbrados, y á la vez dabas la orden y el ejemplo; en el mismo día has hecho larga marcha y librado combate; ni después de la victoria les has concedido un momento de descanso, y en el acto les has llevado en persecución del enemigo; pudo enriquecerlos repartiéndoles el botín, pero consideró mejor guardar el dinero del rey para llevarlo en su triunfo y entregarlo en seguida en el tesoro público. Estas reconvenções pueden irritar el ánimo del soldado, á quien parece no se ha satisfecho bastante su licencia ó su codicia, pero no producen impresión alguna sobre el pueblo romano. Los romanos han podido olvidar los acontecimientos antiguos que conocieron de boca de sus padres, las derrotas sufridas por culpable debilidad de los generales y las victorias debidas á la severidad del mando; pero recuerdan seguramente lo ocurrido durante la segunda guerra púnica entre M. Minucio, jefe de los caballeros, y el dictador Q. Fabio Máximo. El acusador, dirían, podía saberlo, y la justificación de Paulo Emilio sería inútil. Pasemos ahora á la otra asamblea. No os llamaré ciudadanos, sino soldados, si es que este nombre puede inspiraros algún pudor y haceros temer faltar al respeto que debéis á vuestro general.

»Y á la verdad, al pensar que voy á dirigirme á mi ejército, experimento sentimientos muy diferentes de los que me animaban hace pocos momentos cuando hablaba al pueblo romano. ¿Qué tenéis que decir, soldados? ¿Hay alguien en Roma, fuera de Perseo, que no

quiera que se triunfe de los macedonios, y no le despedazáis con las mismas manos que le habéis vencido? Sin duda los habría impedido vencer si hubiese podido, puesto que no quiere que entréis triunfantes en Roma. Error es, soldados, creer que la gloria del triunfo es solamente para el general y que no pertenece también al soldado y al pueblo entero. No, el triunfo no será para Paulo Emilio solo. Muchos generales á los que el Senado ha rehusado el triunfo lo han celebrado en el monte Albano. Tan imposible es arrebatár á Paulo Emilio la gloria de haber terminado la guerra de Macedonia, como á C. Léntulo y á P. Cornelio haber puesto fin, el uno á la primera y el otro á la segunda guerra púnica, y quitar, á los que han triunfado ya, el mérito de sus hazañas. El triunfo no puede quitar ni añadir nada á la gloria militar de Paulo Emilio, y más bien se trata del honor de los soldados y de todo el pueblo romano. Guardaos de manifestar que no sentís hacia los ciudadanos más distinguidos otra cosa que odio é ingratitud, y de imitar en esto al pueblo de Atenas, que perseguía por envidia á los personajes principales de la república. Bastante hay con la injusticia que cometieron vuestros antepasados con Camilo, injusticia que cayó sobre él antes que reconquistase Roma del poder de los galos; y bastante hay con la que vosotros habéis cometido con P. Escipión el Africano. ¡El vencedor de Africa tuvo que retirarse á Literno, y allí se muestra su tumba! ¡Qué vergüenza para nosotros, si al que rivaliza en gloria con aquellos hombres, Paulo Emilio, le tratamos con igual ingratitud! Evitemos esa infamia, que si para otras naciones sería mancha, para nosotros tendría funestas consecuencias. Porque ¿quién querría parecerse al Africano ó á Paulo Emilio en una ciudad ingrata, que solamente tiene envidia para los hombres eminentes? Y aunque no fuésemos que temer ningún

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y AH L

CAPILLA ALFONSINA

na infamia, aunque no se tratase más que de la gloria, ¿qué triunfo hay cuyo honor no se extienda á todo el nombre romano? Tantos triunfos sobre los galos, los españoles, los cartagineses, ¿son títulos de gloria para los generales sólo y no para el pueblo romano? Como no se triunfaba solamente de Pirro, de Anníbal y de Filipo, sino de los epirotas y cartagineses, no fueron únicamente Manio Curio, P. Cornelio y T. Quinceio los que triunfaron, sino que también los romanos. Este honor es verdaderamente de los soldados, que coronados de laureles, adornado cada uno con las recompensas que ha merecido, entran en la ciudad lanzando triunfales exclamaciones y cantando sus alabanzas con las de su general. Si ocurre que no traen á los soldados de su provincia para asistir al triunfo, murmuran; y sin embargo, por ausentes que estén creen triunfar, porque sus manos consiguieron la victoria. Si se os preguntase, soldados, por qué os han traído á Italia, en vez de licenciarnos en seguida que terminó la guerra; por qué habéis acudido en masa á Roma sin abandonar vuestras enseñas; por qué permanecéis aquí en vez de marchar cada uno á su hogar, ¿no contestaríais que queríais figurar en el triunfo? Seguramente queréis haceros ver en la pompa de la victoria.

»Recientemente se ha triunfado de Filipo, padre de Perseo y de Antioco. Los dos ocupaban el trono en la época del triunfo. ¿Y no habrá de triunfarse de Perseo prisionero, traído á Roma con sus hijos? Suponed que Paulo Emilio, vuelto á la condición privada y confundido con la multitud de los ciudadanos, vea á L. Anicio y Cn. Octavio, brillantes de oro y púrpura, subir al Capitolio en su carro y que él les dice: L. Anicio, Cn. Octavio, ¿os creéis más dignos que yo del triunfo? Sin duda le cederían en el acto su carro, y por pudor le entregarían sus insignias. Y vosotros, ciudadanos, ¿preferís ver mar-

char á Genicio que á Perseo delante del carro triunfal? ¿recompensaréis con el triunfo una expedición secundaria, más bien que la guerra principal? ¿Las legiones de Iliria y los soldados navales entrarán en Roma coronados de laureles, y las legiones que han vencido en Macedonia, privadas del triunfo que merecen, presenciarán el de las otras? ¿Y qué será de ese rico botín, de esos ricos despojos, frutos de la victoria? Y las estatuas de oro, de mármol, de marfil; los vasos de plata y de oro, todas esas riquezas del rey, ¿se llevarán al tesoro público durante la noche como si fuesen productos de robo? Y ese espectáculo tan imponente, ese rey tan famoso, que es prisionero vuestro, ¿cuándo lo presentarán á la vista del pueblo vencedor? Casi ninguno de nosotros deja de recordar el innumerable concurso que atrajo Sifax prisionero, aunque no era más que enemigo secundario en la guerra púnica. ¿Y nos privarán de ver á Perseo cautivo, á sus hijos, Filipo y Alejandro, que llevan nombres tan famosos? Todos los ojos están ávidos por ver á Paulo Emilio, el mismo que ha sido cónsul dos veces, que sometió la Grecia, entrar en Roma en su carro triunfal. Le hemos elevado al consulado, para que terminase una guerra que duraba ya cuatro años, con vergüenza nuestra. Cuando la suerte le designó la Macedonia, cuando partió, nuestros presentimientos le anunciaron la victoria y el triunfo: ¿regresará vencedor y le prohibiremos triunfar? No se trata en esto de los hombres solamente; se trata también de los dioses: ¿nos atreveremos á privarles de un honor que les pertenece? Porque el triunfo se les debe tanto como á los hombres. ¿Acometieron alguna vez vuestros antepasados una empresa grande sin invocar á los dioses al comenzarla y adorarles al finalizar? El cónsul ó el pretor, en el momento de partir para la provincia á la guerra, sube al Capitolio con la clámide y los lictores á ofre-

cer sus votos. Después de terminar felizmente la guerra, al Capitolio también vuelve triunfante, llevando las ofrendas del pueblo romano á los dioses que había invocado. No son el ornamento más pequeño del triunfo esas víctimas que abren la marcha y demuestran que el general vencedor da gracias á los dioses por las victorias que han otorgado á la república. Repartíos esas víctimas que Paulo Emilio ha cuidado de reunir para su triunfo, y que cada uno de vosotros sacrifique una. ¿Interrumpiréis, por instigaciones de Ser. Galba, los preparativos para el banquete del Senado, que no puede celebrarse en ningún paraje profano, público ni particular, sino en el Capitolio, y que no tiene por objeto la satisfacción de los hombres solos, sino de los hombres y los dioses? ¿Quedarán cerradas las puertas de Roma para el triunfo de Paulo Emilio? ¿Dejaréis al otro lado del río al rey de los macedonios, con sus hijos, á la multitud de cautivos que le acompañan y los despojos de la Macedonia? ¿Irá Paulo Emilio desde las puertas de la ciudad á su casa como simple particular que regresa del campo? Pero vosotros, centuriones y soldados, no debéis vacilar entre un decreto del Senado en favor de vuestro general Paulo Emilio y las vanas palabras de Galba. Escuchadme y despreciad lo que os ha dicho. Ese hombre ha estudiado el arte de la palabra y solamente para emplearla como instrumento de maledicencia y perfidia. Yo, desafiado por el enemigo, he sostenido veintitrés combates singulares y he recogido los despojos de todos aquellos con quienes he peleado. Mi cuerpo está cubierto de gloriosas cicatrices, todas por delante.» Dícese que después de esta oración, se descubrió el pecho y refirió en qué guerras había recibido las heridas. Mientras hacía esto, sus ropas bajaron demasiado y dejaron descubierto un tumor que tenía en una ingle, lo que movió á risa á los que estaban próximos.

«Esto de que os reís, dijo, lo tengo á consecuencia de haber permanecido á caballo noche y día y no me avergüenza; no lo deploro más que mis cicatrices, puesto que jamás me ha impedido servir á la república, así en la paz como en la guerra. Viejo soldado, frecuentemente he mostrado á los jóvenes este cuerpo mutilado por el hierro: que Galba descubra el suyo y se le verá íntegro y sin heridas. Tribunus, si lo consideráis conveniente, llamad las tribus á votar: por mi parte, soldados, voy á mezclarme con vosotros; seguiré á cada uno cuando vaya á emitir su voto y señalaré los malvados é ingratos, que negándose á que les dirija su general, creen que debe ser esclavo de sus caprichos para conseguir su favor.» Estas severas palabras de tal manera cambiaron el ánimo de los soldados, que llamadas las tribus, votaron por unanimidad el triunfo. Vencedor por este medio de la malevolencia y envidia de sus enemigos, Paulo Emilio triunfó del rey Perseo y de los macedonios durante tres días, el cuatro, el tres y el dos de las kalendas de Diciembre. Por la grandeza del rey vencido, por la riqueza de los despojos y la cantidad de dinero cogido (1), este triunfo sobrepujó en aparato y esplendor á todos los que se habían visto hasta entonces. El pueblo, vestido con togas blancas, se colocó para ver el cortejo, en gradas levantadas en el Foro y otros puntos de la ciudad por donde había de pasar. Abriéronse todos los templos adornados con guirnalda; hu-

(1) Paulo Emilio ni siquiera quiso ver aquellos inmensos tesoros que hizo entregar al cuestor para el del Estado. Solamente permitió á sus hijos, que eran amantes del estudio, conservar para ellos los libros de la biblioteca de Perseo. Al distribuir los premios al valor, no dió á su yerno Taberón más que una copa de plata, de cinco libras de peso, siendo éste el primer objeto de este metal que entró en la familia de los Elios. De todos los tesoros de Perseo no entró en casa de Paulo Emilio más que gloria inmortal para su nombre y virtud.

meaba el incienso, en todos los altares; los liectores y satellites, separando del centro de las calles la multitud que por todas partes se agrupaba, abrían ancho y libre paso. Como ya se ha dicho, habíase ordenado la pompa del espectáculo de manera que durase tres días: el primero apenas bastó para la traslación de las estatuas y cuadros procedentes del botín y que habían colocado en doscientos cincuenta carros. En el siguiente desfiló considerable número de carros cargados con armas macedónicas, las más hermosas y magníficas, cuyo acero ó bronce, recientemente pulido, lanzaba brillantes reflejos; habiéndolas colocado de tal manera, que antes parecían amontonadas que dispuestas con arte, dándoles extraordinario aspecto aquella confusión estudiada, que parecía efecto de la casualidad. Cascos mezclados con escudos, corazas con botines, escudos escotados, mazas con los escudos cuadrados de los tracios, carcaxes con frenos de caballos, espadas desenvainadas, presentando hacia adelante las amenazadoras puntas y por los costados los agudos hierros de las sarisas. Todas estas armas iban sujetas con correas bastante flojas, y cuando se entrechocaban en la marcha producían marcial y terrible ruido, que estremecía á los mismos vencedores. Venían en seguida tres mil hombres trayendo setecientos cincuenta vasos llenos de monedas. Cada vaso, sostenido por cuatro hombres, contenía tres talentos; llevaban otros cráteres de plata, copas de formas diferentes, dispuestas con simetría y notables por su tamaño, peso y admirables cinceladuras. En la mañana del tercer día abrieron la marcha las trompetas, que en vez de entonar los alegres sonidos de las fiestas solemnes, tocaron ataque como si se tratase de marchar al enemigo. En seguida desfilaban ciento veinte bueyes cebados, con los cuernos dorados y cubiertos de cintas y guirnaldas. Guiábanlos jóvenes ceñidos con bandas borda-

das maravillosamente y acompañados de niños que llevaban en las manos copas de oro y plata. Detrás de ellos venían soldados llevando el oro acunado en setenta y siete vasos, de los que cada uno contenía tres talentos, como aquellos en que se trasladó la plata. Después traían una copa sagrada, cuyo peso era de diez talentos de oro, incrustada de piedras preciosas, contruida por orden de Paulo Emilio; después las antiguas selencidas, therideas (1) y otras copas de oro que adornaban la mesa de Perseo, decoradas con sus armas y diademas. Seguía la multitud de cautivos, entre ellos Bitys, hijo del rey Cotys, á quien su padre había enviado en rehenes á Macedonia, habiéndole cogido los romanos con los hijos de Perseo; estos jóvenes venían acompañados por sus ayos, que tendían hacia la multitud manos suplicantes y enseñaban á sus discípulos á implorar humildemente la compasión del pueblo vencedor. Estos eran tres, dos varones y una niña, impresionando su aspecto tanto más á los espectadores, cuanto que su edad no les permitía apreciar bien la extensión de su desgracia. Por esta razón no pudieron contener las lágrimas la mayor parte de los que les vieron, sintiéndose todos dominados por profunda tristeza, no pudiendo regocijarse por completo mientras tuvieron aquellos niños á la vista. Detrás de sus hijos marchaba Perseo con su esposa, vestido de luto y calzado con el coturno griego; su aspecto era el de hombre aturdido á quien la magnitud de su desgracia hubiese quitado la sensibilidad. Seguíanle sus amigos y cortesanos en nú-

(1) De estas tres especies de vasos para beber, las dos primeras tomaron nombre de los reyes Antígono y Seleuco y la tercera de un alfarero llamado Therides, que los hacía en barro, imitándolos después en oro, plata y hasta en madera. El therideo tenía forma acampanada con dos asas pequeñas como el cylix.

meró considerable, llevando todos en el rostro la expresión de profundo dolor, y cuyos ojos, constantemente fijos en su señor, é inundado de lágrimas el semblante, demostraban que prescindían de sus propios sufrimientos para no pensar más que en los de aquél. Había querido Perseo librarse de aquella ignominia y había hecho rogar á su vencedor que le permitiese no presentarse en su triunfo. Paulo Emilio contestó burlándose de su cobardía: «Cosa es esa que siempre ha estado y sigue estando en su poder.» Que era lo mismo que decirle que evitase con valerosa muerte la humillación que temía. Pero el ánimo de Perseo fué demasiado débil para tomar enérgica resolución, y sostenido por inexplicable esperanza, prefirió figurar entre los ornamentos del triunfo. Detrás del rey llevaban cuarenta coronas de oro, que casi todas las ciudades de Grecia y Asia habían ofrecido á Paulo Emilio por medio de legados, para felicitarle por su victoria. Consideradas en sí mismas valían mucho sin duda aquellas coronas, pero solamente eran un accesorio en las inmensas riquezas que se habían presentado en aquel triunfo.

Dice Valerio Ancias que el oro y la plata que formaban parte del botín que se ostentó en el triunfo, ascendía á la cantidad de ciento veinte millones de sextercios. Pero á juzgar por el número de carros y la masa de oro y plata que él mismo enumera, la cantidad debió ser mucho mayor. Asegúrase que Perseo había reunido cantidad tan considerable para los preparativos de la guerra ó durante su fuga á Somotracia; pero lo más asombroso es que pudiese, en los treinta años que siguieron á la guerra de Filipo con los romanos, sacar tanto dinero de la explotación de las minas ó de las otras rentas del Estado. Por esta razón comenzó la guerra con los romanos disponiendo de inmensos recursos, mientras que su padre solamente pudo contar con cor-

tas cantidades. Al fin se presentó el mismo Paulo Emilio montado en su carro. Sus blancos cabellos realzaban su aspecto naturalmente digno. Detrás de su carro, entre otros varones ilustres, venían sus dos hijos Q. Máximo y P. Escipión; después las turmas de caballería y las cohortes de infantería, ordenadamente dispuestas. Dióse cien dineros á cada infante, el doble á cada centurión y el triple á cada caballero. Créese que el general habría triplicado la cantidad con que gratificó á cada infante, si no se hubiesen opuesto á su triunfo ó si hubiesen mostrado su agradecimiento con aclamaciones. Llevado Perseo, cargado de cadenas, delante del carro del vencedor, no fué el único ejemplo de las vicisitudes humanas. El mismo Paulo Emilio, rodeado del esplendor del oro y la púrpura, no quedó al abrigo de la adversidad. Había dado dos hijos suyos en adopción; de los otros dos que había guardado consigo como herederos de su nombre, de sus dioses y caudal, el menor, de edad de doce años, murió cinco días antes del triunfo, y el mayor, de edad de catorce años, tres días después. Los dos debían presentarse en el espectáculo, sentados á los lados de su padre y vestidos con la pretexto, como para preludiar aquellos honores. Pocos días después, el tribuno M. Antonio, habiendo convocado una asamblea del pueblo, Paulo Emilio, á ejemplo de los demás generales, dió cuenta de su conducta, pronunciando memorable oración, digna de un gran ciudadano romano.

«Creo que no ignoráis, ¡oh romanos!, con cuánta prosperidad administré los negocios de la república durante mi consulado, y los dos rayos que han caído en estos últimos días sobre mi casa: sucesivamente habéis presenciado mi triunfo y los funerales de mis hijos. Permitted que compare, sin embargo, con los sentimientos que deben embargarme, mi fortuna particular y la

prosperidad pública. Cuando dejé la Italia, me embarqué en Brindis al salir el sol, hacia la hora novena abordé á Corcyra con toda la flota. Cinco días después estaba en Delfos, donde ofrecí un sacrificio á Apolo por vuestras tropas de tierra y mar y por vuestro general. Después de tomar allí el mando del ejército y corregido algunos abusos que podían ser graves obstáculos para la victoria, marché contra el enemigo; pero viendo que era imposible tomar su campamento y obligar al rey á combatir, me abrí paso á través de sus puestos para penetrar hasta Petra, obligando á Perseo á combatir, y le vencí en batalla campal. De esta manera puse la Macedonia en poder del pueblo romano, y esta guerra, que cuatro cónsules habían dirigido antes que yo, y que cada año tomaba carácter más grave, la terminé en quince días. Este primer triunfo dió lugar en cierto modo á todos los que le siguieron: sometiéronse todas las ciudades de Macedonia; los tesoros del rey cayeron en nuestras manos: entregado Perseo por los mismos dioses, digámoslo así, quedó prisionero con sus hijos en el templo de Somotracia. Desde entonces me pareció demasiado grande mi fortuna y me inspiró desconfianza, comenzando á temer los peligros del mar para el transporte de tantas riquezas y el de un ejército victorioso. Cuando ví toda mi flota felizmente desembarcada en Italia, nada tuve ya que desear. Solamente formaba un voto, y era, que si la fortuna, según costumbre, nos hacía experimentar bruscamente algún revés, sus golpes cayeran sobre mi familia antes que sobre la república. Espero que las desgracias que me abruman hayan servido para preservar al Estado. Mi triunfo, colocado entre los funerales de mis dos hijos, habrá bastado á los crueles juegos de la fortuna. Tanto Perseo como yo somos elocuente ejemplo de la inconstancia de la suerte. Sin embargo, Perseo ha visto en su cautividad á sus

hijos cautivos marchar delante de él: al menos goza de su presencia. Y yo, que he triunfado de él, he dejado los funerales del uno para subir al Capitolio, y desde el Capitolio he ido á ver morir al otro. De tan numerosa posteridad no queda ni un sólo heredero del nombre de Paulo Emilio. Confiando demasiado en el número de mis hijos, he hecho pasar dos por adopción á las familias Cornelia y Fabia. Paulo Emilio queda reducido al aislamiento en su casa; pero el bien público y la felicidad del Estado me consuelan de mis desgracias particulares.»

Todo esto lo dijo con tanta grandeza de ánimo, que impresionó más al pueblo que si hubiese deplorado su infortunio con las palabras más tiernas. En las kalendas de Diciembre, Cn. Octavio recibió los honores del triunfo naval; en este triunfo no se vieron cautivos ni despojos. A cada soldado de su flota dió setenta y cinco dineros, doble á los pilotos y cuádruple á los jefes de las naves. Convocóse en seguida al Senado, decidiendo que Q. Cassio llevaría al rey Perseo, con su hijo Alejandro, á la ciudad de Alba (1) para que les guardasen

(1) De los tres hijos de Perseo, dos, su hija y Filipo, que era el mayor, murieron poco después del triunfo. El tercero, Alejandro, se ganó al principio la vida en el oficio de tornero. Habiendo aprendido después la lengua latina y adquirido habilidad en la caligrafía, se le nombró escribiente de los magistrados de la ciudad de Alba.

El rey de Macedonia fué cargado de cadenas y arrojado á un calabozo subterráneo, en medio de inmundicias y de los insectos más repugnantes. Allí permaneció siete dias con los criminales destinados al último suplicio, privado de todo socorro y hasta de las cosas más necesarias para la vida, y hubiese muerto de hambre si sus compañeros de prisión, al considerar aquel inmenso cambio de fortuna, no hubiesen compartido con él su alimento.

También se compadeció de él Paulo Emilio; habló al Senado en su favor y consiguió atenuación de su suplicio. Lleváronle á

allí, con las personas de su séquito, con el dinero, los tesoros y los bagajes. Bithys, hijo del rey de Tracia, fué enviado con los demás rehenes á la ciudad de Carseolos. A los demás cautivos que figuraron en el cortejo triunfal los encerraron en prisiones. Pocos días después llegaron legados de Cotys, rey de Tracia, trayendo dinero para rescatar al príncipe y demás rehenes. Presentados en el Senado, dieron por excusa que si Cotys había ayudado á Perseo en la guerra, había sido contra su voluntad y por la necesidad en que se encontraba de entregar rehenes; rogando al Senado se dignase fijar el precio del rescate. Contestáronles que el pueblo romano no recordaba la amistad que le unía á Cotys, á sus antepasados y á la nación de los tracios. «Los rehenes que había entregado, añadieron, era su crimen, lejos de servir para justificarle. Ni durante la paz era temible Perseo para los tracios, y menos aún cuando tenía que luchar con los romanos. Por lo demás, aunque Cotys hubiese preferido el favor de Perseo á la amistad del pueblo romano, el Senado atendía antes á su dignidad que á su justo enojo, devolviendo al rey su hijo y los rehenes. Los beneficios del pueblo romano eran gratuitos; prefiriendo dejar sus servicios en el recuerdo de los que los recibían á hacérselos pagar.» Nombráronse tres legados para llevar los rehenes á Tracia, y éstos fueron C. Quinceio Flaminio, C. Licinio Nerva y M. Caninio Rebillo. A cada tracio se le regalaron dos mil ases; llamóse á Bithys de Carseolos con los otros rehenes, y regresó,

una prisión menos horrible, y allí le hicieron morir de un modo menos espantoso quizá, pero con inaudito refinamiento de crueldad. Los soldados que le guardaban tenían orden de no ejercer sobre él ninguna violencia, pero si impedirle dormir y tenerle constantemente despierto, sin duda para que no pudiese eximirse ni por un momento al sentimiento de su desgracia. El suplicio duró hasta que murió de insomnio y fatiga.

con los legados, al lado de su padre. Las naves del rey cogidas en las costas de Macedonia, y que eran extraordinariamente grandes (1), quedaron depositadas en el campo de Marte.

Todavía estaba presente el triunfo de Paulo Emilio, no solamente al recuerdo, sino casi á la vista de los romanos, cuando triunfó Anicio en las fiestas Quirinales de Gencio y de los ilirios. En esta ceremonia todo fué semejante á la primera, pero sin igualarla. El general no era tan ilustre, ora se comparase por la nobleza Anicio á Paulo Emilio, ó por la autoridad un pretor á un cónsul. Tampoco podía establecerse comparación entre Gencio y Perseo, entre los ilirios y los macedonios, entre los despojos de los dos Estados, las cantidades de dinero obtenidas y las gratificaciones que se hicieron á cada ejército. Pero aunque el primer triunfo eclipsaba al segundo, considerando en sí mismo al general, veíase que no carecía de mérito. En pocos días había dominado á los ilirios, nación temible por tierra y mar, y que tenía su seguridad en sus plazas fuertes, y había hecho prisionero al rey con toda su familia. En su triunfo llevaron considerable cantidad de enseñas, así como otros despojos y los muebles del palacio del rey, veintisiete libras de oro y diez y siete de plata, tres mil dineros y ciento veinte mil monedas de plata de Iliria. Llevóse el rey Gencio delante del carro del vencedor con su esposa y sus hijos, su hermano Caravancio y algunos nobles ilirios. Anicio dió del botín cuarenta y cinco dineros á cada soldado, doble á cada centurión y triple á cada caballero. Los aliados del nombre latino recibieron igual gratificación que los ciudadanos, y las tropas de la flota de los aliados la misma que los soldados. El

(1) Esto era para los romanos, porque Hierón tenía una galera de veinte filas de remos, Ptolomeo Filadelfio dos de treinta, y Ptolomeo Filopátor una de cuarenta.

ejército signió este triunfo con profundo regocijo, celebrando con cánticos las hazañas del general. Valerio Anicias asegura que se obtuvieron del botín veinte millones de sextercios, además del oro y la plata que se entregaron al Tesoro. Como parece poco probable que pudiese reunirse tal cantidad, me limito á citar el historiador sin asegurar el hecho. Un senatus-consulto relegó á Spoleto al rey Gencio con su esposa, sus hijos y su hermano; los demás cautivos quedaron encarcelados en Roma. Pero habiéndose negado los habitantes de Spoleto á encargarse de la custodia de la familia real, la trasladaron á Iguvio. El resto del botín de Iliria lo componían doscientas barcas, tomadas al rey Gencio; encargándose á Q. Cassio, por decreto del Senado, que las distribuyese á los habitantes de Corcyra, Apolonia y Dirraquio.

Aquel año se limitaron los cónsules á talar el territorio de los ligurios; y como el enemigo evitó constantemente su presencia, regresaron á Roma sin haberse distinguido por ninguna hazaña. Tenía por objeto su regreso la elección de magistrados. En los primeros días de los comicios proclamaron cónsules á M. Claudio Marcelo y C. Sulpicio Galo; nombrando pretores al día siguiente á L. Julio, L. Apuleyo Saturnino, A. Licinio Nerva, P. Rutilio Calvo, P. Quintilio Varo y M. Fonteyo. Assignóse á estos pretores las dos jurisdicciones de la ciudad, las dos Españas, la Sicilia y la Cerdeña. En este año hubo que intercalar un mes, que comenzó al día siguiente de las terminales. En este año también murió el augur C. Claudio, dándole sus colegas por sucesor á T. Quineccio Flaminio. También murió el flamín quirinal Q. Fabio Pictor. El rey Prusias vino á Roma con su hijo Nicomedes, entrando en la ciudad con numeroso cortejo, marchando directamente al Foro, al tribunal de Q. Cassio; allí, en presencia de la multitud que había

acudido de todas partes, declaró que había venido á presentar sus homenajes á los dioses de Roma, al Senado y al pueblo romano, y á felicitarles por sus victorias sobre los reyes Perseo y Gencio y por el aumento que daba á su imperio el dominio de la Macedonia y la Iliria. Habiéndole contestado el pretor que aquel mismo día le presentaría al Senado, si Prusias lo deseaba, pidió éste dos días de plazo para visitar los templos de los dioses, la ciudad, á sus huéspedes y amigos. Diéronle por guía al cuestor L. Cornelio Escipión, á quien antes enviaron á su encuentro á Capua, y se alquilaron moradas para el rey y su comitiva. Tres días después recibió audiencia, felicitó al Senado por su victoria, recordó los servicios que le había prestado en la guerra, y pidió permiso «para cumplir un voto inmolando diez víctimas mayores en el Capitolio de Roma, y en Pretesto una en el templo de la Fortuna. Este voto lo había hecho, según decía, por la victoria del pueblo romano.» Solicitó además la renovación de la alianza ajustada con él y la cesión del territorio confiscado á Antioco, no habiendo dispuesto todavía de él los romanos y habiendo caído en poder de los galos.» Al fin recomendó á su hijo Nicomedes al Senado. Todos los generales que habían mandado en Macedonia apoyaron sus peticiones, por lo que accedieron á todas menos á la cesión del territorio; respondiéndole en cuanto á esto: «que enviarían legados para que examinasen el asunto; que si el territorio pertenecía al pueblo romano, y no se había dispuesto de él en favor de nadie, se lo cederían á Prusias, que también había merecido aquel regalo; pero que si no había pertenecido al rey Antioco, no era probable que hubiese caído en poder del pueblo romano, ó que si se había dado á los galos, Prusias debía excusar á los romanos si no le hacían concesiones con perjuicio de tercero; porque jamás podría inspirar agradecimiento

to un beneficio cuando se sabía que el bienhechor podría despojar de él á su antojo; que el Senado tomaba con gusto á Nicomedes bajo su protección; que Ptolomeo, rey de Egipto, era prueba del interés que el pueblo romano tenía por los hijos de los reyes amigos.» Tal fué la contestación que se dió á Prusias. Regáronsele... sextercios y vajilla de plata de cincuenta libras de peso. Su hijo Nicomedes recibió una cantidad igual á la que se dió á Masgaba, hijo del rey Masinissa. Las víctimas y demás objetos necesarios para los sacrificios que habían de hacerse en Roma y Prenesto las dió la república al rey, como las suministraba á los magistrados romanos. Destináronse veinte naves largas de la flota, que se encontraba en Brindis, para trasladar al rey hasta la flota que le habían regalado. L. Cornelio Escipión tenía orden de no abandonarle y de atender á los gastos personales de Prusias y su comitiva hasta que estuviesen embarcados. Dícese que el rey quedó maravillado de las consideraciones que con él tuvo el pueblo romano, y aunque rehusó personalmente todo regalo, ordenó á su hijo que aceptase los que le estaban destinados. Esto dicen de Prusias los escritores romanos. Polibio refiere que este príncipe, deshonorando la majestad real, salía siempre al encuentro de los legados, con el gorro de liberto y la cabeza rasurada, diciendo que era liberto del pueblo romano y que, como tal, llevaba las insignias de su condición. Añade que en Roma también, cuando se presentó ante el Senado, se arrodilló, besó el suelo de la curia, llamó á los senadores sus dioses tutelares, y pronunció una oración menos aduladora aún para su auditorio que deshonrosa para él mismo. Después de permanecer treinta días ó más en la ciudad, regresó á su reino.

FIN DEL LIBRO XLV.

APÉNDICE.

Hasta aquí alcanza lo que el tiempo ha conservado de la historia de Tito Livio. Más adelante del libro XLV solamente quedan algunos fragmentos, de los que uno solo es algo importante, y el Epítome. Con el auxilio de estos débiles é inseguros restos, la crítica ha reconstruído de la siguiente manera el admirable monumento del historiador romano.

LIBRO XLVI.

El rey Eumeno viene á Roma. Su neutralidad durante la guerra de Macedonia había sido sospechosa; prohibirle la entrada en Roma era declararle enemigo; permitirsele era disculparle; para evitar lo uno y lo otro se dictó una ley general que prohibía á todos los reyes entrar en la ciudad. Los cónsules Claudio Marcelo y C. Sulpicio Galo someten, el uno á los galos alpinos y el otro á los ligurios. Legados del rey Prusias vinieron á quejarse de Eumeno, que talaba sus fronteras y le acusan de haber conspirado con Antioco contra el pueblo romano. Ajústase tratado de alianza con los rodios, que lo solicitaron. Los censores cierran el lustro, arrojando el censo trescientos veintisiete mil veintidós ciudadanos. Elígese príncipe del Senado á M. Emilio Lépido. Arrojado del trono de Egipto Ptolomeo por su hermano menor, le restablecen los legados romanos. A la muerte de Ariaratho, rey de Capadocia, le sucede en el trono su hijo Ariaratho, y envía legados para renovar la alianza con el pueblo romano. Guerras con los li-